

José Carlos Mariátegui. La tarea americana.
Buenos Aires : Prometeo, 2010. 1a edición

Presentación La tarea americana de José Carlos Mariátegui

Héctor Alimonda¹

Como el propio José Carlos Mariátegui advertía a sus lectores en la «Nota Preliminar a los *Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana*», su vida y su obra forman una unidad, toda su sangre está puesta en sus ideas. Pero también forman una unidad con su tiempo y su generación, una de las más intensas y creativas en la historia intelectual latinoamericana. Comencemos, entonces, por una breve nota autobiográfica.

El 10 de enero de 1928 (aunque, por error, puso la fecha de «1927»), José Carlos Mariátegui escribió a su contacto en Buenos Aires, Samuel Glusberg, respondiendo a su solicitud de algunas informaciones biográficas.

Le remitiré algunos recortes sobre mi persona. Aunque soy un escritor muy poco autobiográfico, le daré yo mismo algunos datos sumarios: nací en el 95. A los 14 años, entré de «alcanzarejones» a un periódico. Hasta 1919 trabajé en el diarismo, primero en *La Prensa*, luego en *El Tiempo*, finalmente en *La Razón*, diario que fundé con César Falcón, Humberto del Águila y otros muchachos. En este último diario patrocinamos la reforma universitaria. Desde 1918, nauseado de política criolla – como diarista y durante algún tiempo redactor político y parlamentario conocí por dentro los partidos y vi en zapatillas a los estadistas– me orienté resueltamente hacia el socialismo, rompiendo con mis primeros tanteos de literato inficionado de decadentismos y bizantinismos finiseculares, en pleno apogeo todavía. De fines de 1919 a mediados de 1923 viajé por Europa. Residí más de dos años en Italia, donde desposé una mujer y algunas ideas. Anduve por Francia, Alemania, Austria y otros países. Mi mujer y mi hijo me impidieron llegar a Rusia. Desde Europa me concerté con algunos peruanos para la acción socialista. Mis artículos de esa época señalan las estaciones de mi orientación socialista. A mi vuelta al Perú, en 1923, en reportajes, conferencias en la Federación de Estudiantes y la Universidad Popular, en artículos, expliqué la situación europea e inicié mi trabajo de investigación de la realidad nacional, conforme al método marxista. En 1924 estuve como ya le he contado a punto de perder la vida. Perdí una pierna y quedé muy delicado. Habría seguramente curado ya del todo, con una existencia reposada. Pero ni mi pobreza ni mi inquietud intelectual me lo consienten. Desde hace seis meses, mejoro poco a poco. No he publicado más libros que el que usted conoce. Tengo listos dos y en proyectos otros. He ahí mi vida, en pocas palabras. No creo que valga la pena hacerla notoria. Pero no puedo rehusarle los datos que usted me pide. Me olvidaba: soy un

¹ Profesor Asociado III de Posgrado en Ciencias Sociales, Universidad Federal Rural de Río de Janeiro; Investigador internacional de FLACSO; Coordinador del Grupo de Trabajo Ecología Política de CLACSO; Profesor del Doctorado en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

autodidacto. Me matriculé una vez en Letras en Lima, pero con el sólo interés de seguir un curso de latín de un agustino erudito. Y en Europa frecuenté algunos cursos libre- mente, pero sin decidirme nunca a perder mi carácter extra-universitario y tal vez hasta anti-universitario. En 1925 la Federación de Estudiantes me propuso a la Universidad como catedrático de la materia de mi competencia, pero la mala voluntad del Rector y, secundariamente, mi estado de salud, frustraron esta iniciativa.

José Carlos Mariátegui nació en Moquegua, costa del sur peruano, el 14 de junio de 1894 (y no en 1895, como él mismo creía). Segundo de cuatro hermanos, su padre era un funcionario del Tribunal de Cuentas, que alguna vez no regresó de un viaje a Lima.

Un accidente afecta una de las piernas de José Carlos, quién quedará rengo, después de cuatro años de convalecencia. Durante ese período se despierta su pasión por la lectura.

A los catorce años está en Lima, trabajando como auxiliar en las oficinas de *La Prensa*, el mayor diario de la capital. Luego pasa a linotipista, revisor de pruebas, clasificador de telegramas. En 1912 comienza a escribir crónicas policiales, y su inquietud lo vincula con la bohemia de la época. Pasa por las secciones de hipismo, arte, crónicas de la vida cotidiana, aparece un pseudónimo («Juan Croniqueur») y un estilo brillante, irónico y liviano. En las noches de redacciones y cafés, conoce a quienes formarán la vanguardia poética y política de la época. Intenta sus propios poemas decadentistas y hasta una obra de teatro.

Es interesante destacar un rasgo particular de este periodista irreverente y ácido, de ese bohemio estridente y satírico: su personalidad tiene una vertiente mística, que no parece ser una pose, sino un sentimiento profundo, de un estado de espíritu compartido por otros de sus amigos, como los poetas César Vallejo y José María Eguren. Y ese componente de su personalidad ayuda a explicar su forma particular de percibir la realidad política, así como la que será su peculiar lectura del marxismo, su afinidad con la obra de Georges Sorel y con la tradición voluntarista.

Años más tarde, José Carlos Mariátegui renegaría de esa etapa de su vida, a la cual llamará «mi edad de piedra». Al regreso de Europa, en un gesto fóbico y melodramático, quemará la colección completa de sus escritos. Sin embargo, sin esa fase, muchos rasgos de su obra posterior, definida como marxista, deberían ser considerados «desvíos populistas, apristas, idealistas», como procedió la crítica stalinista durante los años treinta. Esos críticos y sus continuadores prefirieron condenar o silenciar precisamente los rasgos más originales, menos escolásticos de su pensamiento (los cuales, evidentemente, inspiraron también su práctica política).

De hecho, el marxismo oficial de los años treinta no podía digerir propuestas del tipo de las que aparecen en los *Siete Ensayos...*:

Como lo anunciaba Sorel, la experiencia histórica de los últimos lustros comprobó que los mitos revolucionarios o sociales pueden ocupar la consciencia profunda de

los hombres con la misma plenitud de los antiguos mitos religiosos.

O:

Sabemos que una revolución es siempre religiosa. La palabra religión tiene un nuevo valor, un nuevo sentido. Sirve para algo más que para designar un rito o una iglesia. Poco importa que los soviéticos escriban en sus carteles de propaganda que la religión es el opio de los pueblos. El comunismo es esencialmente religioso.

En realidad, hay una continuidad profunda en el misticismo de aquel Juan Croniqueur y el Mariátegui socialista de una década después. Y se constata que su adhesión al marxismo es un camino para desentrañar la especificidad de una realidad, una guía para una acción eficaz, y no la repetición de dogmas que fuerzan a la realidad a entrar en modelos ya prontos y acabados.

En 1918, Mariátegui y César Falcón fundan la revista *Nuestra Época*, y en 1919 el diario *La Razón*. El bohemio Mariátegui se orienta hacia el acompañamiento de las luchas populares, que se están movilizando activamente. Las páginas del diario apoyan la lucha obrera por la jornada de ocho horas e inician la campaña por la Reforma Universitaria. Ante la represión desatada por el gobierno de Agustín Leguía, Mariátegui y Falcón parten hacia Europa, en octubre de 1919.

Amanecer italiano

Mariátegui se establece en Italia, desde donde escribe artículos para la prensa peruana. Allí se encuentra ante un gigantesco escenario de conflictos sociales, bajo la cruda luz de la posguerra. Mientras se profundiza la crisis política, los obreros de la FIAT se organizan en consejos, y un núcleo del partido socialista, que publica un periódico llamado *L'Ordine Nuovo*, dirigido por Antonio Gramsci, saluda en ellos al germen de un nuevo Estado.

Mariátegui es un testigo apasionado de la vitalidad de ese escenario. Un mundo ha muerto con la guerra, y todo parece apuntar hacia un nuevo tiempo. Escribe: «Bolcheviques y fascistas no se parecen con los revolucionarios y conservadores prebélicos. No poseen la antigua superstición del progreso. Son testigos, conscientes o inconscientes, de que la guerra demostró a la humanidad que pueden ocurrir hechos superiores a la previsión de la ciencia».

Es en Italia donde la trayectoria de Mariátegui adquiere una orientación y densidad decisivas. El clima intelectual italiano presenta afinidades con sus propias preocupaciones, pero allí irá a encontrar, también, estímulos para formular nuevas preguntas. Hay en la Italia de la época un pensamiento filosófico y político de vanguardia, un antipositivismo ilustrado cuyas grandes figuras, como Benedetto Croce, son referencias obligatorias. Y, al mismo tiempo, un espacio donde la imaginación política se enfrenta desde los orígenes de la modernidad con un tema afín a la problemática latinoamericana: la cuestión nacional. Una preocupación eminente que se

había revelado a Macchiavello y que se prolonga, como un hilo rojo, hasta la época de la estadía de Mariátegui, con las reflexiones, desde la izquierda, de Piero Gobetti y de Antonio Gramsci. Un horizonte intelectual nacional en cuyo seno se desarrolla una tradición socialista que recupera y resignifica sus temas estratégicos, en elaboraciones que no se ajustan a la atmósfera positivista del pensamiento marxista clásico.

Se trata de un marxismo historicista, que reivindica el papel de la voluntad en la historia, de intervenciones humanas conscientes que alteran la fatalidad de los datos económicos, de interrogantes sobre las condiciones de surgimiento de voluntades colectivas nacional-populares. La atención se vuelca al tema de la hegemonía, para la cuestión de «las reformas intelectuales y morales». Sin negar el materialismo que inspira al marxismo, el centro del análisis se desplaza hacia los temas de la constitución de los sujetos históricos, de las clases sociales como portadoras de proyectos de largo plazo.

Es muy fácil explicar la decidida adhesión de Mariátegui a esta vertiente del pensamiento marxista a partir de afinidades de temperamento. Pero la cuestión central es que Mariátegui leía a Italia con ojos americanos, y que la tarea que vislumbraba lo aproximaba a esa problemática. En realidad, la obra de Gramsci que más lo aproxima con Mariátegui será escrita a partir de su prisión, en 1926, y conocida sólo después de 1945. O sea: el pensamiento de Mariátegui sigue un camino independiente del recorrido por el historicismo marxista, son discursos homólogos, pero que se desconocen mutuamente².

La tradición crítica común que les sirve de punto de partida los orienta hacia caminos paralelos. Pero existe otro elemento, de importancia central, sintetizado en una frase que tanto Gramsci como Mariátegui citan (el primero atribuyéndosela a Romain Rolland, el segundo a Vasconcelos): «pesimismo de la razón, optimismo de la pasión». Tanto Gramsci como Mariátegui tematizan el socialismo como posibilidad vigente sólo gracias a la pasión y a la imaginación. Gramsci reflexiona sobre la derrota; Mariátegui sobre la cuestión del socialismo en una realidad donde ninguna de sus premisas clásicas está presente: capitalismo raquítico, proletariado diminuto, un espacio social disgregado. Un marxismo que se erige en el lugar de una angustia, un proyecto socialista que sólo puede existir por la voluntad, por la pasión. Allí resulta la necesidad del «mito», esa respuesta que Mariátegui encuentra en Sorel para la pregunta hecha por Gramsci: ¿cómo suscitar la formación de una voluntad colectiva nacional-popular?

En enero de 1921, Mariátegui participa en el congreso socialista de Livorno (donde se

² Mariátegui tiene muchos puntos en común, propios de un clima de época, con otros exponentes del marxismo historicista de los años veinte: Gramsci, Lukács, Korsh, pero hay dos grandes diferencias que lo distinguen. Primero, él no está teorizando desde la derrota, sino desde la dificultad de constitución de los sujetos políticos «modernos» en la periferia capitalista. Segundo, escribe en presencia de tradiciones comunitarias indígenas no capitalistas, que en su sociedad concreta tienen una relevancia incomparable con Italia o Europa Central. En este punto, me parece que Michel Löwy exagera sus afinidades con el marxismo historicista, para incluirlo dentro de una tradición de «marxismo romántico» (Löwy, 2006)

encuentra con Gramsci), donde el partido se fracciona, dando origen al Partido Comunista Italiano. En sus crónicas, realiza una lectura particular de este hecho, definiendo la tarea prioritaria del nuevo partido como «una preparación principalmente intelectual para la revolución».

Pero la mayor influencia que Mariátegui recibe de la izquierda italiana es la de Piero Gobetti, amigo de Gramsci asesinado por el fascismo en 1926 (Mariátegui llega a decir de él que «es uno de los espíritus con los que siento más amorosa resonancia»). Gobetti es un liberal de izquierda, «croceano», cronista teatral de *L'Ordine Nuovo*. Es autor también de una interpretación de la formación nacional italiana, que influirá tanto a Gramsci como a Mariátegui. Es la «*rivoluzione mancata*», una lectura de Italia que inspira para leer a América Latina. La unidad nacional se realizó «desde arriba», a través de una articulación de clases dominantes regionales, sin rupturas revolucionarias. Por eso, «*Il Risorgimento*» (la unificación de Italia) dejó sin solución el problema de la auténtica unidad nacional y popular. El Estado es solamente expresión de la alianza de las clases dominantes; la burguesía es débil, dependiente de las aristocracias agrarias y del favor de la burocracia estatal; los impulsos capitalistas son frágiles y fragmentados; la política es dominación sin hegemonía. Toda una temática que Mariátegui recupera en su análisis de la historia peruana (y que Gramsci continuaría desarrollando en la prisión)³.

A mediados de 1922, Mariátegui deja Italia. En Berlín entrevista a Máximo Gorki. En París se encuentra con Henri Barbusse. En febrero de 1923 embarca de regreso al Perú. En Génova se ha puesto de acuerdo con otros peruanos para emprender una acción socialista.

Escribirá más tarde:

Sólo me sentí americano en Europa. Por los caminos de Europa, encontré el país de América que dejara y en el cual viviera casi como un extraño y ausente. Europa me reveló hasta qué punto yo pertenecía a un mundo primitivo y caótico; y, al mismo tiempo, me impuso, me esclareció el deber de **una tarea americana** [...] *Europa me había restituido, cuando parecía haberme conquistado plenamente, al Perú y a América.* (Mariátegui, 1929).

La tarea americana

En el Perú, la Reforma Universitaria ha seguido su curso, el movimiento estudiantil está en abierta lucha contra la dictadura de Leguía y se destaca el dirigente Víctor Raúl Haya de la Torre. Desde 1921 se viene desarrollando una experiencia alternativa de educación popular, las Universidades Populares González Prada, a las que se integra Mariátegui con un curso sobre la actualidad política internacional. Haya de la Torre es preso y

³ Alberto Filippi (2008) expone el análisis de una genealogía de pensamiento político desde el liberal *de izquierda* Piero Gobetti, que incluye a Mariátegui, a Gramsci y a Norberto Bobbio.

deportado a México, y Mariátegui acaba ocupando el rectorado de esa universidad y dirigiendo *Claridad*, su órgano de prensa, que pasa a ser portavoz de la Federación Obrera de Lima.

Es entonces cuando sus problemas de salud se agravan y pierde una pierna. Desde su casa, lugar de reunión de todos los elementos de vanguardia, mantiene una intensísima vida intelectual y política, visitado por intelectuales, artistas, poetas, dirigentes obreros, estudiantiles y campesinos. Recibe regularmente libros y revistas de toda América y de Europa, y desarrolla una intensa actividad de estudio y de producción escrita.

En 1925, sus comentarios sobre la situación internacional dan origen a un libro, *La Escena Contemporánea*.

Mientras tanto, el 7 de mayo de 1924, Haya de la Torre crea, en México, la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), como organismo político que deberá conducir una tarea continental de liberación nacional. Presenta un programa de cinco puntos fundamentales, a partir del cual cada uno de los grupos nacionales deberá articular su propia plataforma:

1. Acción contra el imperialismo yanqui.
2. Por la unidad política de América Latina.
3. Por la nacionalización progresiva de la tierra y de las industrias.
4. Por la internacionalización del Canal de Panamá.
5. Por la solidaridad con todos los pueblos y clases oprimidas.

El proyecto de Haya es concentrar en el APRA a todos los elementos surgidos en los diferentes países durante el proceso de la Reforma Universitaria, concretizando en organización el ideario continental de sus orígenes. Se trata de una alianza de los intelectuales de vanguardia de todo el continente, que deberá profundizar su vinculación con los sectores populares en una perspectiva de liberación nacional.

En ese momento, Mariátegui integra las filas del APRA, sin renunciar por eso a su proyecto socialista, ya que la configuración «movimentista» así lo permite. Mientras tanto, prosigue con su más caro proyecto. En septiembre de 1926 aparece el primer número de la revista *Amauta*, bajo su dirección. Era una publicación mensual, cuyo nombre proviene de la denominación que, en el Imperio Inca, tenían los educadores del pueblo.

Hasta su desaparición, en septiembre de 1930, *Amauta* publicó 32 números. A partir del número 5, incluye también un Boletín de Defensa Indígena, y, comenzando en noviembre de 1928, es acompañada por *Labor*, periódico de información sobre las luchas populares. Las primeras ediciones tienen 44 páginas, ampliadas a 104 en 1928.

Sin duda, *Amauta* es un hito en la historia intelectual latinoamericana. Cumplió eficazmente su misión de conexión entre las vanguardias políticas y artísticas de la región, y de ellas con las expresiones más avanzadas del mundo contemporáneo. Quizás

sólo haya otra publicación comparable: *Marcha*, de Montevideo.

El primer número ya trae una primicia: la primera traducción de Sigmund Freud al castellano, su artículo «Resistencias al psicoanálisis». En sucesivas ediciones, Mariátegui irá publicando artículos que irán componiendo sus *Siete Ensayos*. Haya de la Torre es también un asiduo colaborador. Es difícil encontrar alguna figura importante en los medios intelectuales hispano-americanos que no colabore en sus páginas. Jorge Luis Borges, Alberto Hidalgo y Vicente Huidobro presentan, en el número 4, un «Índice de la nueva poesía hispano-americana»; son reproducidos capítulos de grandes novelas, como *Los de abajo*, del mexicano Mariano Azuela, y *La Vorágine*, del colombiano José Eustaquio Rivera; se publican poemas de César Vallejo o de Pablo Neruda. Lo mismo se puede decir de la escena internacional. Hay textos de Miguel de Unamuno (con quién Mariátegui mantenía correspondencia), Bernard Shaw, Waldo Frank, León Trotsky, Máximo Gorki, Ortega y Gasset, Romain Rolland, Jean Cocteau, Louis Aragon, Marinetti, todas las figuras destacadas de la cultura de la década están presentes⁴.

Pero el proyecto de *Amauta* no aleja a Mariátegui de la evolución política de donde se lanzarán las bases para la formación de la Central General de los Trabajadores Peruanos (CGTP), en 1929.

El gobierno de Leguía reprime el movimiento, y muchos dirigentes obreros son presos. Lo mismo ocurre con los redactores de *Amauta*, que es cerrada durante seis meses. Mariátegui es preso en un hospital militar, acusado de conspiración. Se defiende:

como marxista convicto y confeso, estoy lejos del utopismo y de las conspiraciones absurdas. Desmiento terminantemente mi ligación con la central comunista de Rusia. La palabra revolución tiene otra acepción y otro sentido, diferentes de los que la vinculan con la vieja tradición de las conspiraciones. (Mariátegui, 1994).

Socialismo y acción escrita

En 1928, la editorial Minerva publica, en su serie Biblioteca Amauta, los *Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana*. Constituyen el primer análisis marxista sistemático del conjunto de la evolución histórica de un país latinoamericano, en la medida en que el método es utilizado para revelar una especificidad, y no como un molde preexistente donde encajar el objeto estudiado. Aún hoy, perspectivas abiertas por Mariátegui continúan vigentes en los debates de las ciencias sociales latinoamericanas.

Otro libro estaría destinado al análisis de la evolución política peruana, pero sus originales nunca fueron encontrados luego de la muerte de Mariátegui. Falta así a los

⁴ No hay autores brasileños en *Amauta*. Sin embargo, en 1930 la editorial de Mariátegui, Minerva, publica el libro *Nueve poetas nuevos de Brasil*, organizado por Enrique Bustamante y Ballivián. Hay allí poemas de Mario de Andrade, Manoel Bandeira, Oswald de Andrade, Cecilia Meirelles, Ronald de Carvalho y otros, constituyendo probablemente las primeras traducciones de los poetas brasileños de esa generación al castellano (Alimonda, 1997).

Siete Ensayos el tratamiento específico de aspectos políticos así como (se puede suponer) referencias a las estrategias de acción que Mariátegui indicaba como conclusión de su estudio.

Los primeros tres ensayos, «Esquema de la evolución económica», «El problema del indio» y «El problema de la tierra», han sido incluidos en esta antología. Creo que en ellos se verifica apropiadamente una perspectiva absolutamente renovadora dentro de la tradición marxista, elaborada a partir del análisis de la realidad de un país latinoamericano. En efecto, Mariátegui deja de lado cualquier interpretación en términos de progreso o desarrollo como procesos fatalmente necesarios. La realidad peruana aparece caracterizada por la heterogeneidad histórico-estructural, como yuxtaposición de elementos originados a partir de diferentes épocas históricas, pero que no se superan o desplazan, sino que coexisten articuladamente.

Los otros cuatro son:

- a. «El proceso de la instrucción pública», donde Mariátegui analiza la evolución de las instituciones educacionales peruanas, influidas por la herencia colonial y por la imitación de modelos franceses y norteamericanos. En ningún caso se proyectó un modelo educativo para modernizar el país. Revisa también la Reforma Universitaria, señalando sus limitaciones.
- b. «El factor religioso», donde la religión indígena es referida a las características de la organización productiva. En la medida en que las comunidades indígenas sobrevivieron, la religión católica sólo se implantó externamente, dando origen al sincretismo. La iglesia católica es un firme baluarte del latifundio, cuyo poder nunca fue amenazado por el liberalismo. Sin embargo, el impulso religioso puede ser empleado en una perspectiva revolucionaria.
- c. «Regionalismo y centralismo» es un ensayo que anticipa una temática de gran vigencia posterior, las relaciones entre procesos económicos y políticos y cuestiones regionales. La acumulación de capital y la modernización de la Costa acentúan las diferencias regionales. El «federalismo» y el «municipalismo» son apenas propuestas jurídicas sin contenido democrático real, dada la subordinación de las localidades al poder de la gran propiedad.
- d. «El proceso de la literatura», el último y más extenso ensayo (recordemos que cuarenta por ciento del total de la obra de Mariátegui está formado por escritos de crítica literaria) discute el problema de la literatura nacional y analiza autores y tendencias del momento. La desarticulación de la vida peruana se manifiesta también en la literatura. Las corrientes conservadoras idealizan la herencia hispánica y el pasado colonial. Hay también un importante movimiento indigenista, vinculado con proyectos de reivindicación de ese componente de la nacionalidad. Pero se desarrolla también una literatura de vanguardia, cosmopolita, sin perder sus raíces peruanas.

Para Aníbal Quijano, en los *Siete Ensayos* tiene lugar una primera y decisiva ruptura con el eurocentrismo:

y asume el carácter de toda una subversión epistémica y teórica, puesto es producida dentro de la misma perspectiva formalmente admitida por Mariátegui, el materialismo histórico y la perspectiva de una secuencia evolutiva de modos de producción y en el mismo intento de emplearla. Apuntaré una constatación final: la de que en el Perú actual coexisten elementos de tres economías diferentes. Bajo el régimen de economía feudal nacido de la Conquista, subsisten en la sierra algunos residuos vivos todavía de la economía comunista indígena. En la costa, sobre un suelo feudal, crece una economía burguesa que, por lo menos por su desarrollo mental, da la impresión de una economía retardada. Esa perspectiva rompe, primero, con la idea eurocéntrica de totalidad y con el evolucionismo, que presuponen una unidad continua y homogénea, aunque contradictoria [...] Esa subversión epistémica y teórica original podría reconocerse como la fuente de la producción de la idea latinoamericana de heterogeneidad histórico-estructural, rompiendo de ese modo con el dualismo radical del cartesianismo, que está en el origen mismo del eurocentrismo y con las propensiones positivistas al reduccionismo y al evolucionismo. Y sin ese nuevo punto de partida no podríamos explicar el nuevo debate teórico y político, dentro y fuera de América Latina, sobre el carácter y la historia del actual poder mundial, en especial el activo debate en torno de la propuesta teórica de la colonialidad y des/colonialidad del poder. (Quijano, 2007: 126-128)

El Partido Socialista

A comienzos de 1928, Haya de la Torre anuncia en México la transformación del APRA en partido. Mariátegui es contrario a esa decisión, en principio por consulta, pero básicamente porque la condición «movimentista» anterior le permitía mantener su proyecto socialista. Pero hay otras divergencias con Haya, quién se orienta hacia un jacobinismo militarista. Mariátegui defiende un proceso político que implique una irrupción «desde abajo», que signifique una transformación radical de los criterios elitistas que siempre configuraron la vida peruana. Ese proceso tiene un tiempo propio y exige un trabajo previo de sedimentación y de organización autónoma de los sectores populares.

En septiembre de 1928, coincidiendo con el segundo aniversario de *Amauta*, un grupo que puede ser definido como una escisión de izquierda del APRA, funda el Partido Socialista del Perú, con Mariátegui como Secretario General.

En esa época, la Internacional Comunista (*Komintern*) había establecido un Secretariado Sudamericano en Buenos Aires y estaba solicitando la afiliación de los núcleos comunistas de todo el continente⁵. Se vivía en esos años la tensión entre quienes pretendían consolidar organizativamente la Internacional como un sistema de sucursales nacionales, subordinada a la dirección de Moscú, y los que pretenden servirse de ella

⁵ La narrativa siguiente está basada en la cuidadosa reconstrucción del desentendimiento Mariátegui/*Komintern*, presentada por Alberto Flores Galindo (1982). Nuevos aportes fueron realizados por Filippi (2008).

para, prioritariamente, impulsar los procesos revolucionarios en los países donde actúan. André Malraux bautizó a los primeros como «romanos» y a los segundos como «conquistadores».

El Secretariado Sudamericano de la *Komintern* respondía estrictamente a las directivas «romanas». Los partidos comunistas nacionales eran concebidos como filiales obedientes a una dirección central, identificada con los intereses de la política externa de la URSS. Para obtener ese resultado, se exigía homogeneidad, condición necesaria para la disciplina. Esa homogeneidad, en lo inmediato, significaba violentar la realidad heterogénea de los diferentes países donde esos partidos deberían actuar. Contra los «procónsules», administradores de provincias imperiales, Mariátegui trabará su combate final.

En 1929, el Secretariado Sudamericano convoca a una Conferencia de Partidos, a ser efectuada en Buenos Aires. El Partido Socialista Peruano es invitado a participar.

Los delegados peruanos son Hugo Pesce y Julio Portocarrero, quienes viajan llevando dos textos preparados por Mariátegui.

El primero de ellos se titula «El problema de las razas en América Latina». Ya en los *Siete Ensayos*, Mariátegui había definido la cuestión indígena como la cuestión de la tierra. De la misma forma, afirma ahora que la solución para el problema de las razas en América Latina consiste en la transformación del mundo agrario, de tal manera que liquide la opresión sufrida por las mayorías indígenas. En países como Perú, el preconceito racial existente hace muy problemática la articulación del movimiento campesino con el proletariado urbano, ya que el indio está acostumbrado a desconfiar de todo lo que proviene de la ciudad. José Carlos propone, una vez más, una solución gramsciana: que se preparen «intelectuales orgánicos» de las masas indígenas a partir de aquellos que emigraron para las ciudades y que pueden ser preparados para volver a sus comunidades para hacer propaganda de ideas socialistas. La perspectiva de transformación socialista de la sociedad peruana tiene a su favor, entre los campesinos, la supervivencia del régimen comunitario indígena.

Estas propuestas se diferenciaban sustancialmente de las definidas por la *Komintern*. En primer lugar, para la *Komintern*, el problema indígena era un problema nacional, donde debía ser aplicada la orientación stalinista de «lucha por la autonomía nacional», con la formación de las repúblicas quechua y aymara. Por otro lado, la propuesta de estimular la organización autónoma del campesinado no era compatible con la línea de la *Komintern*, según la cual los campesinos deberían participar en relación de subordinación en relación al proletariado. La problemática del socialismo a partir de la supervivencia de las comunidades campesinas era demasiado parecida a la presentada por los populistas rusos, contra los cuales los bolcheviques se habían batido durante décadas, lo que atribuía a la propuesta de Mariátegui un carácter herético.

En el segundo trabajo presentado en Buenos Aires, «Punto de vista anti- imperialista», está contenida una crítica a las posiciones del APRA, pero hay también diferencias muy

serias en relación con las fórmulas prefabricadas de la *Komintern*. El texto empieza cuestionando la definición de las repúblicas latinoamericanas como «países semicoloniales», lo que era artículo de fe en la política continental de la *Komintern*. Criticando al APRA, Mariátegui afirma que el interés de las burguesías nacionales está en la cooperación con el imperialismo y no en la lucha por la soberanía nacional, como para él lo demuestra la experiencia de las revoluciones mexicana y china.

La identificación entre imperialismo y oligarquías feudales le parecía a Mariátegui excesivamente simplificadora. Él llamaba la atención para el hecho de que el imperialismo significaba un impulso a la acumulación de capital, y por lo tanto una perspectiva que a largo plazo podría llevar a contradicciones con el mundo del latifundio.

Los trabajos de Mariátegui fueron tenazmente criticados y llovieron sobre los delegados peruanos todo tipo de críticas. La *Komintern* exigió que el Partido Socialista del Perú se organizase de acuerdo con el modelo bolchevique, con una estructura rígida, sin permitir el juego de fuerzas internas. Solamente esa estructura sería auténticamente proletaria. La organización peruana, que concebía un proceso revolucionario impulsado por el conjunto de los sectores populares (obreros, campesinos, pequeña burguesía, intelectuales) es rechazada como «reformismo social-demócrata».

No había acuerdo posible. Mientras Mariátegui elaboraba una propuesta con base en un análisis concreto de una realidad específica, se le contra-ponía una receta ya preparada. Cuando estaba presentando la constitución del embrión de un partido socialista de masas, se le exigía que se confinase en una secta. Cuando buscaba colaboración, le pedían subordinación.

José Carlos sabe que está derrotado. Su propuesta socialista no puede luchar contra tantos enemigos al mismo tiempo. En enero de 1930 decide abandonar el Perú. Luis Alberto Sánchez, un aprista con quién mantuvo una polémica, le ofrece la posibilidad de pronunciar una serie de conferencias en Santiago de Chile. Desde allí, debería proseguir viaje para Buenos Aires, donde se instalaría, y continuaría publicando *Amauta*.

Durante esos años, ha establecido vínculos con medios intelectuales argentinos. Se corresponde con Samuel Glusberg, el director de *La Vida Literaria*, quién llega a emprender gestiones para que le sea implantada una pierna ortopédica. Mariátegui colaboraba en esa revista y en el órgano reformista *Sagitario*, de La Plata. Ya en 1927, cuando *Amauta* fue cerrada, estudió la posibilidad de continuar su publicación en Buenos Aires. Cierta vez, envió libros de José María Eguren a Jorge Luis Borges; es también en Buenos Aires donde está su amigo Alberto Hidalgo, poeta anarquista, dirigiendo la revista *Pulso*. O sea, un amplio espectro de vínculos intelectuales, ninguno de los cuáles tenía relación con la *Komintern*.

Por otro lado, la Argentina es un país por el cual Mariátegui tenía un interés evidente, permanentemente reiterado en su obra. Le parecía el único país latinoamericano que había conseguido constituir su nacionalidad, su política y su literatura. Su visión quizás haya sido demasiado benévola, mítica inclusive...

Pero en febrero, *Amauta* comunica que su director está gravemente enfermo. No se restablecerá. El 16 de abril de 1930, José Carlos Mariátegui murió en un hospital de Lima.

El 20 de mayo, el Partido Socialista se transformó en Partido Comunista Peruano, con Eudocio Ravines como secretario general. Los miembros más cercanos a Mariátegui fueron expulsados, calificados como «una banda de literatos».

Vigencia de Mariátegui

El destino de la obra y del legado intelectual y político de José Carlos Mariátegui fue especialmente curioso. Como acabamos de señalar, su muerte fue seguida por una transformación del instrumento político que había creado, de Partido Socialista a Partido Comunista, afiliado a la *Komintern*.

De hecho, durante la década del treinta el propio Partido Comunista Peruano rechazó la herencia mariateguiana, caracterizada como «populista». Pero Mariátegui había fundado una editorial, y también una imprenta, administrada por su hermano. Contando con esas facilidades, es su hijo mayor, Sandro (nacido en Italia), quién publica en 1943 la segunda edición de los *Siete Ensayos*. En los años posteriores van apareciendo otros volúmenes, con la obra periodística, conferencias y artículos aparecidos en «Amauta».

La progresiva difusión de esta obra fue llevando a su revaloración, no exenta de actitudes oportunistas. Durante décadas, diferentes sectores del espectro político peruano se han definido como los auténticos herederos del legado mariateguiano⁶. Nos parece

⁶ Una extensa cita de un gran estudioso de Mariátegui, el italiano Antonio Mellis, sintetiza brevemente ese proceso: «Al poco tiempo de su desaparición física se asiste a un ataque violento contra su herencia. Su actitud abierta se transforma en una peligrosa herejía en el nuevo clima de los años treinta. El sectarismo de la llamada 'política de clase contra clase' distorsiona toda perspectiva de alianzas. La búsqueda de un terreno de encuentro entre distintos sectores de la sociedad peruana empeñados en la construcción de la nacionalidad se interrumpe bruscamente. Sobre todo la política de atención hacia los intelectuales, que Mariátegui había desarrollado con gran lucidez y respeto, se convierte en una acusación a cargo del autor. Los términos despectivos de 'amautismo' y 'mariateguismo' se utilizan como sinónimo de desviaciones intelectualistas. Y cuando, a comienzos de los cuarenta, empieza una reivindicación de su figura, en polémica con las acusaciones de populismo que proceden de la Unión Soviética, este rescate es afectado por una equivocación de fondo. La imagen que se propone de Mariátegui no se apoya en los aspectos originales de su pensamiento. Trata, en cambio, de volverlo aceptable para la escolástica marxista-leninista que se está imponiendo. Así se llega a afirmar hasta un supuesto 'stalinismo' de Mariátegui, en contradicción total con su figura auténtica.

La efectiva revalorización de su obra se realiza sólo en años recientes [...] A partir sobre todo de la década del ochenta, empieza un nuevo ciclo de estudios mariateguistas. En el nivel internacional, la figura del peruano se impone en todo el mundo como uno de los momentos más creativos en la elaboración de una cultura latinoamericana» (Mellis, 1994: 33-34). Sobre el mismo tema, ver Beigel, 2003. Falta aquí, de cualquier forma, una lectura específicamente argentina (un hito más en esa relación tan particular entre Mariátegui y la Argentina) constituida a partir de las perspectivas de la llamada «izquierda nacional» de Jorge Abelardo Ramos, Ernesto Laclau, entre otros, que intentaba conciliar el análisis marxista con la realidad «colonial-periférica» y con la evaluación positiva del nacionalismo y del populismo.

innecesario entrar en ese debate, y preferimos, en todo caso, destacar la contemporaneidad de esa obra: es notable en Mariátegui su capacidad para acompañar su tiempo, para estar atento al registro de las múltiples dimensiones de los procesos de transformación vividos por la sociedad peruana, latinoamericana y mundial. Si, como dijimos al principio, la obra de Mariátegui debe ser leída en relación a su época (y es, de cualquier forma, un excelente registro introductorio a la misma), quizás su aporte más importante para el pensamiento contemporáneo sea su capacidad para integrar la pluralidad de dimensiones de lo social.

La importancia política estratégica que Mariátegui atribuyó a su «tarea americana» nunca lo llevó a dejar de acompañar los acontecimientos de la escena internacional. De la misma forma, su acción política siempre estuvo vinculada con la reflexión y el análisis de realidades históricas particulares, sin que el método o la teoría se configurasen como abstracciones *a priori*.

Por temperamento y pasión, Mariátegui llegó al socialismo a partir de la crítica cultural, y la importancia de esa dimensión lo acompañó toda su vida. Cuarenta por ciento de su obra escrita está compuesta por comentarios sobre escritores y obras literarias de su época. Es esa condición de «hombre de cultura» lo que le permitió, a nuestro entender, construir una obra social y política de especial sensibilidad y creatividad y es allí donde reside justamente la contemporaneidad de su pensamiento.

La crítica al modelo de desarrollo seguido por el Perú y la desconfianza en relación con sus posibilidades futuras, la incorporación de valores éticos como organizadores de la crítica económica y social de lo realmente existente y como predicados esenciales para la formulación de modelos alternativos de modernidad, el enraizamiento del socialismo en tierras americanas a partir del pasado indígena, la recuperación de formas comunitarias de vida y de organización de la producción como parte sustancial de ese socialismo latinoamericano a ser inventado: creemos que hay allí delineados temas absolutamente contemporáneos, abiertos para el diálogo con nuestros desafíos de los días actuales. Es claro que en la aceptación de la modernidad como valor y la crítica de sus configuraciones y procesos en el Perú, la identificación con las luchas y objetivos de los sectores populares, incluyendo la participación en sus procesos organizativos y el registro de sus experiencias, o en la recuperación del pasado y del presente indígena como componente central de un proyecto de reconstrucción social, está implícita una disposición epistemológica y política que tiene estrecha afinidad, aunque diferenciada en su discursividad, con las preocupaciones del pensamiento social latinoamericano contemporáneo que se ubica en la resistencia a los procesos de mercantilización de los seres humanos y de la naturaleza⁷.

⁷ Para otro destacado mariateguiano, César Germaná, en Mariátegui «el socialismo no era, pues, la continuación y el coronamiento de la sociedad del trabajo que había surgido con el capitalismo; lo concebía como otra forma de racionalidad, no centrada en la técnica y el beneficio, sino en la solidaridad y la comunicación. Más aún, pienso que esta idea constituía el substrato más profundo de sus reflexiones y el elemento que suponía, abarcaba y daba sentido a los otros aspectos del socialismo, la socialización de los recursos de producción y la socialización del poder político. Se trata, por lo tanto, del núcleo alrededor del cual se articula el pensamiento de José Carlos Mariátegui» (Germaná, 1995: 171).

Entre tantos pionerismos de José Carlos Mariátegui, no fue el menor su desconfianza en que las condiciones políticas y sociales peruanas fuesen revolucionadas apenas en función del desarrollo económico. Hubo en él una percepción crítica de lo que hoy denominamos «modelo de desarrollo», incomparable en su época, y que tiene total correspondencia con la crítica al crecimiento económico insustentable como paradigma de modernidad. Mariátegui advirtió que el desarrollo de las fuerzas productivas no implicará automáticamente en la evolución de las condiciones políticas y sociales en un sentido favorable a las clases populares. Será necesaria la crítica a los modelos productivistas de organización de la sociedad, teniendo como centro una concepción ética de la modernidad, que subordine a las consideraciones del lucro y de la tecnología. La definición de esos modelos de desarrollo y de sus opciones estratégicas es función de conflictos de poder, y es por eso que la ecología humana, que es social, es también política.

Para Mariátegui, no hay determinaciones estructurales que establezcan unívocamente las identidades políticas de los sujetos sociales, ni la potencia y dirección de sus trayectorias. Un proceso revolucionario, en todo caso, se vincula con la posibilidad de articulación de actores diferenciados, especialmente en presencia de situaciones geosociales altamente heterogéneas, como en la región andina. La transformación profunda del Perú pasaría, para Mariátegui, por la conformación de una amplia confluencia de sectores populares enfrentados con las consecuencias del modelo de desarrollo. Allí tendría un papel preponderante el campesinado indígena, dada su importancia cuantitativa en relación con el reducido proletariado, poniendo en primer plano la cuestión de la tierra. Pero también participarían sectores medios urbanos, portadores del nuevo proyecto de modernidad.

Esto suponía, entonces, que el problema de la constitución de un sujeto revolucionario plural sólo podía resolverse mediante una intensa actividad hegemónica, la reforma intelectual y moral que Mariátegui se propuso desarrollar, y donde *Amauta* y sus publicaciones conexas eran herramientas estratégicas. El sentido oculto pero decisivo del proceso revolucionario estará entonces en su carácter molecular, en una operación cuidadosa sobre corazones y mentes (lo que Gramsci llamaba «el momento ético-político»), que permite acumular fuerzas y sostener posiciones críticas, al mismo tiempo que se elaboran alternativas.

Por otro lado, si esa combinación hegemónica se fundamenta y debe dar cuenta de las condiciones extremas de heterogeneidad de la formación social (que es histórico-estructural, pero es también territorial), debe constituirse como un espacio posible de interdiscursividad, y al mismo tiempo como una articulación entre diferentes temporalidades. Ya no se trata, como en el marxismo «normatizado», de un transcurrir lineal de la historia según el guión de un progreso inexorable y sobrehumano. En la propuesta de Mariátegui, el pasado tiene sentido y potencialidad crítica en relación con las perspectivas utópicas del orden presente. Vinculado sin saberlo a una tradición crítica que viene desde Herzen y los populistas rusos, Mariátegui percibió la posibilidad de una

combinación de historicidades diversas, ante el bloqueo de alternativas transformadoras en el orden periférico. El socialismo, la forma social del futuro, tiene raíces en la tradición americana, y es viable justamente a partir de la identidad indígena, asentada en la experiencia vital real de formas comunitarias de relaciones sociales, inclusive en territorios urbanos. No se recupera el pasado por el pasado mismo, sino en articulación con proyectos alternativos de modernidad. La crítica de Mariátegui se instala en el lugar fronterizo de una «transmodernidad» (Dussel, 1995), que no re-niega de las posibilidades emancipatorias de la modernidad, pero que impugna sus resultados concretos desde el punto de vista ético.

A lo largo de los años, la figura de José Carlos Mariátegui se fue transformando en un mito. Es cierto que varios factores se combinaron para que eso sucediera: su muerte en plena actividad, la vitalidad entusiasta que transmiten sus escritos, su activa militancia y su compromiso político, la desmoralización y el desprestigio de sus críticos. Quizás la única forma de aprovechar integralmente su herencia sea proceder a una lectura crítica y selectiva de su obra, sin erigirla, a su vez, en un texto sagrado.

Río de Janeiro/Lima, septiembre de 2008.

Bibliografía

Alimonda, Héctor (1983), *José Carlos Mariátegui. Redescobrir a América*, São Paulo, Brasiliense.

Alimonda, Héctor (1994), «Mariátegui y las vanguardias, la tradición y la modernidad», en *Anuario Mariáteguiano*, Vol. 6, Lima.

- (1996), «Mariátegui, las vanguardias y un puente hacia Brasil», en *Celehis*, 6-7-8, Vol. I, Mar del Plata.

- (1997) «*Klaxon* y *Festa*, dos revistas brasileñas contemporáneas de Amauta», en *Amauta y su época*, Lima, Minerva.

- (2007), «¿Una ecología política en *Amauta*? (Buscando una herencia en Lima)», en *Segundo Simposio Internacional Amauta y su época*, Lima, Minerva.

Beigel, Fernanda (2003), *El itinerario y la brújula. El vanguardismo estético-político de José Carlos Mariátegui*, Buenos Aires, Biblos.

Dussel, Enrique (1995), «El marxismo de Mariátegui como filosofía de la revolución», en VV.AA., *El marxismo de José Carlos Mariátegui*, Lima, Empresa Editora Amauta.

Filippi, Alberto (2008), *De Mariátegui a Bobbio. Ensayos sobre socialismo y democracia*, Lima, Minerva.

Flores Galindo, Alberto (1982), *La Agonía de Mariátegui*, Lima, Desco.

Germaná, César (1995), *El Socialismo Indo-americano de José Carlos Mariátegui*, Lima, Empresa Editora Amauta.

Lowy, Michel (2006), *Por un socialismo indo-americano (ensayos escogidos de José Carlos Mariátegui)* Lima, Minerva.

Mariátegui, José Carlos (1929), «Itinerario de Waldo Frank», en *Variedades*. Lima, 4 de

diciembre.

- (1994), *Mariátegui Total*, Lima, Empresa Editora Amauta.

Melis, Antonio (1994), «José Carlos Mariátegui hacia el siglo XXI», en *Mariátegui Total*, Lima, Empresa Editora Amauta.

Quijano, Aníbal (2007), «José Carlos Mariátegui: reencuentro y debate», en Mariátegui, José Carlos, *Siete Ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Caracas, Biblioteca Ayacucho.